

DARK LULLABY

POLLY HO-YEN

minotauro

ENTONCES

La última vez que vi a Mimi tenía casi un año.

Decidimos celebrar su cumpleaños por adelantado solos los tres: Thomas, su madre Santa —el único pariente que aún estaba con nosotros— y yo.

Hice una tarta con poco más que avena, mantequilla y sirope de arce; a Mimi le acababan de diagnosticar una intolerancia al gluten y yo me había vuelto muy escrupulosa, hasta casi la obsesión, sobre cualquier miga que le pasara por los labios, desde que había recibido la última PCI.

Supongo que esa noche de noviembre, mientras nos sentamos alrededor de la pequeña mesa, ambos estábamos pensando en el poco tiempo que nos quedaba con ella. Pero no hablamos de eso. Simplemente nos dejamos llevar por la ofrenda que representaba mi patética y chafada tarta, en la que una vela led, que Thomas había comprado especialmente para la ocasión, destacaba torcida en lo alto.

Entonces, una parte de mí lo supo.

Esa misma mañana había enterrado el rostro en la fina pelusilla que se arremolinaba en la coronilla de la niña después de su siesta. «Su pequeño halo», lo llamaba Thomas mientras acariciaba con la mano los dorados rizos. Entonces lo supe, en ese preciso momento: «No nos queda mucho tiempo juntos». Pero fue un pensamiento tan espantoso, tan cargado de dolor, tan lleno de negrura y vacío, que no me atreví a ahondar en él. Lo aparté desesperada y susurré: «Feliz cumpleaños, querida niña», sobre la sedosa piel de su oreja.

Nos juntamos un poco más para cantar el «Feliz cumpleaños», pegados el uno al otro como si la fría luz de la vela pudiera dar algo de calor. Nuestras voces sonaban raras. Las palabras ya no contenían ninguna promesa, solo parecían enumerar nuestros defectos. «Feliz cumpleaños, querida Mimi».

El canto de Santa se elevó por encima del de Thomas y el mío combinados, y sus desafinadas notas taparon nuestras vacilantes voces. Se había vestido con su estilo habitual: un chal dorado y naranja

que le colgaba lánguido de los hombros, una falda que parecía a juego con la aspereza de los labios y el cabello oscuro salpicado de mechones plateados retirado de la cara por un pañuelo estampado. En comparación, Thomas y yo éramos como dos sombras: grises, borrosas, fundidas tras ella.

La sonrisa de un rojo rosado de Santa estaba clavada en su amada y única nieta. Recuerdo haber pensado cómo disfrutaba al máximo de esos últimos momentos, llenándolos de luz y color del mismo modo con que se enfrentaba a sus lienzos, a su vida. Ese día se había arreglado con especial esmero, con los matices más ricos de su vestuario para contrarrestar la oscuridad, la tristeza que inundaba nuestra vida y nos arrastraba con ella. Traté de forzar una sonrisa en el rostro. Pero sentí como esta se quedaba paralizada, como una máscara.

«Cumple-años fe-liz.» ¿Por qué la melodía se va haciendo más lenta a medida que la cantas? Las últimas notas se alargaron, extrañas, hasta que Santa empezó a aplaudir y todos nos unimos a ella. Miré a mi hija, en el centro del grupo, y me pregunté lo que siempre me había inquietado: ¿habíamos creado un mundo en el que iba a ser feliz, en el que iba a estar a salvo?

Mimi estaba sentada muy erguida en su trona. Había crecido con ella a lo largo de ese primer año: era una especie de elegante diseño de inspiración nórdica que podía hacerse más pequeño o más grande dependiendo de las proporciones de su ocupante. Yo insistí en comprarla cuando todavía estaba embarazada, la había deseado desde que la vi en uno de los HOS, los «Hogares Sobresalientes» que habíamos visitado durante la inducción, en contra de mi voluntad.

Antes de visitar los HOS, Thomas y yo tuvimos una conversación sincera sobre el dinero y sobre cómo tener muchas cosas no nos haría mejores padres. El amor era la respuesta, nos dijimos, no los objetos. Y sin embargo, en cuanto vi la trona, con su madera color miel y sus suaves líneas curvas, me prometí que la conseguiría. Ya me imaginaba a nuestra hija sentada en ella a la hora de cenar, completando el triángulo. Fue suya antes de que sus ojos se abrieran, antes de que sintiera el aliento del mundo en la piel, y mucho antes de que estuviera preparada para sentarse en ella o comer sola.

—¡Sopla, Meems! —gritó Santa—. ¡Pide un deseo!

Mimi estaba fascinada por la velita, pero de pronto sus ojos se posaron en mí.

—¡Sóplala, cariño! —la animé—. Esto es lo que hacemos en nuestros cumpleaños.

Y para demostrárselo, me incliné hacia ella e hinché cómicamente los mofletes.

Entonces Thomas se sumó también y en esos momentos, mientras bromeábamos, reíamos y fingíamos soplar juntos la vela, creo que lo olvidamos. Olvidamos el motivo que nos había reunido allí veintidós días antes de la fecha de su primer cumpleaños.

Mimi estudió nuestras caras y, por un instante, pareció como si fuera a imitarnos para hinchar sus mejillas de capullito y soplar sobre la luz de plástico.

—¡Tú puedes, Mimi! —dije en un impulso.

Y entonces me vino un lejano recuerdo de mí misma sentada en el lugar de Mimi, con mi hermana Evie a un lado y una tarta de cumpleaños justo delante, y cómo me sentía protegida y segura por todo lo que mi hermana hacía y me contaba. «¡Pide un deseo! ¡Tú puedes, Kit!», me gritaba con fervor, como yo había hecho ahora con Mimi, como si no pudiera contenerse. Recuerdo pensar que debía hacerlo porque Evie me lo había pedido; y que se cumpliría porque ella así me lo había asegurado. Pero en esos breves momentos yo ya había soplado la vela y olvidado pedir cualquier cosa.

La boca de Mimi se desplegó en una gran sonrisa y allí, justo en sus ojos, lo vi.

Puro gozo.

Sus ojos castaños parecieron florecer, hacerse más grandes, y la luz de la vela le bailó en las pupilas. ¿O era tal vez una luz en su interior? Me permití disfrutar de ella y pensé en ese momento: «Sí. Sí, mi hija es feliz. Sí, todo está bien en el mundo. Y no, no hay nada, ni una sola cosa que desee más que este único momento de su felicidad».

Ella se inclinó hacia la parpadeante vela led como si realmente entendiera que podía soplarla.

—Apágala —susurré.

Durante un segundo más largo del debido, la luz permaneció obstinadamente brillante. Fui levemente consciente del pánico de Thomas a mi lado. Había estado pulsando el mando que controlaba la vela y ahora lo golpeaba. De pronto, la bombilla se apagó.

Recordé de nuevo la vela que había soplado aquel cumpleaños en que olvidé pedir un deseo. Su temblorosa llama brilló y, cuando soplé, pareció alejarse de mí y empequeñecer hasta desaparecer en la nada. El humo ascendió de la mecha y el olor que desprendió, pese a ser acre y penetrante, me gustó y lo saboreé. Pero descarté el recuerdo: no merecía la pena correr el riesgo de dar a Mimi una vela real para su tarta de cumpleaños por muy suave que fuera la luz que arrojase.

Extendí una mano hacia Thomas y, por primera vez en ese día, sentí una oleada de felicidad crecer dentro de mí. Como si él hubiera tenido el mismo pensamiento, su mano voló hacia la mía, nuestros dedos se encontraron en el aire y se unieron con fuerza. Mimi ahora se sentía triunfante, toda dientes e inocencia; la boca abierta por todas las emociones del momento.

Y fue entonces, justo entonces, cuando oímos los golpes en la puerta.

A H O R A

Un golpe suena en la ventanilla del coche; me despierto con una sacudida.

Noto el cuello entumecido por haberme quedado dormida con la cabeza hacia un lado y, más allá, las brillantes luces de la estación de carga y el suave zumbido de actividad que flota en el aire.

El rostro de Thomas adquiere nitidez, sus ojos miran abiertos y curiosos. Articula una pregunta hacia mí a través de la ventanilla: «¿Quieres algo?».

Niego con la cabeza y se da la vuelta. Sigo el rápido ritmo de sus pisadas mientras cruza el patio. No podemos detenernos aquí demasiado tiempo.

Aún no me he espabilado del todo y, por unos instantes, olvido lo que hemos hecho, olvido por qué estamos aquí. Entonces me vuelvo hacia el asiento trasero, de golpe, con decisión. Giro la cabeza hasta sentir dolor, aunque sé lo que voy a encontrar cuando mire detrás.

Los asientos grises están vacíos; los cinturones de seguridad cuelgan ociosos.

Vuelvo a mirar hacia delante, abatida. Puedo ver la coronilla de Thomas por encima de los tiestos con flores medio muertas y las brillantes Esferas que pululan por encima. Está observando algo en una de las estanterías como si estuviera a punto de agarrarlo, pero, de pronto, se yergue, se vuelve hacia el letrero de los aseos y desaparece de la vista.

Un coche para a nuestro lado. Hay un hombre al volante y una mujer sentada detrás. Percibo cierta incomodidad entre ellos; él reuerce las manos mientras habla, luego se frota las sienes en largas pasadas hacia arriba. Ella está inclinada hacia delante, curvada como la rama de un árbol viejo. Entonces distingo el contorno de una sillita de coche a su lado. Esa es la razón por la que va sentada atrás.

Estiro el cuello para vislumbrar al bebé. No hemos visto ningún niño desde que dejamos nuestra casa y, en ese momento, me entran unas ganas terribles de contemplar uno. Una diminuta cara nueva acurrucada mientras duerme, un crío dando pasos inseguros; me

siento invadida por la necesidad urgente de ver una prueba de su existencia ante mí.

La mujer capta mi mirada y me aparto rauda mientras finjo seguir los cambios de las Esferas. Cuando vuelvo a mirar, aún está ahí contemplándome, al igual que el hombre. Se preguntan qué interés puedo tener en ellos. Quizá sospechen que no solo los estoy mirando, sino que también los observo, los inspecciono y los juzgo.

Un momento después se marchan de allí sin haber cargado su vehículo. Su coche parece avanzar a trompicones y toma la curva con demasiada fuerza, con demasiada velocidad. Ojalá pudiera decirles que no hay necesidad de que se vayan, pero otra parte de mí se alegra de que sean recelosos y desea gritarles que estén alerta siempre.

Estiro los hombros, tengo la espalda rígida por haber viajado tanto tiempo. Me gustaría relajarla, aliviar este dolor que me recorre la columna, pero lo llevo conmigo, está incrustado.

Las Esferas vuelven a cambiar. Chasquean con otra nueva noticia y las observo para distraerme de mí misma, de mis propios pensamientos, que también se revuelven y rotan en un bucle sin fin. Bostezo con estrépito, los párpados se me empiezan a cerrar.

«Ahí es cuando lo veo.»

Estoy marcada. Noto como una presión en el pecho que va en aumento, un pesado nudo en la garganta que crece y se dilata. Todo lo que creía saber se desvanece.

Lo veo, una y otra vez, incluso después de que las Esferas cambien de nuevo y pasen a citar estadísticas.

Lo veo mientras Thomas camina de vuelta hacia el coche y yo cierro los ojos de golpe y echo la cabeza hacia atrás, como si yo misma hubiera caído en un sueño.

Lo veo mientras oigo el crujido de algo que ha comprado mientras lo introduce en la guantera.

Me desliza un dedo por la mejilla, creyendo que he vuelto a quedarme dormida.

Su beso me acaricia la sien.

—Te quiero —le oigo decir.

Pero no reacciono. Finjo estar dormida; juego a hacerme la muerta.

En lo único que puedo pensar es en lo que acabo de ver.

Ya no queda nada para él.

ENTONCES

Nos conocimos en la ceremonia de bautizo de Jakob. Un extenso grupo de familiares y amigos llenaba la estrecha franja de jardín de Evie y Seb, mientras bebían una limonada casera especialmente ácida y esperaban a que se encendiera la barbacoa.

Jakob vestía un pelele estampado con leones naranjas y se había pasado toda la tarde durmiendo en brazos de Evie. Cada vez que Evie y Jakob caminaban por el jardín, con Seb justo detrás de ellos, siempre muy cerca, la multitud automáticamente se apartaba para dejarlos pasar y sus voces caían en un respetuoso silencio. Aquello daba una extraña solemnidad a esa reunión informal.

El bebé no llenaba totalmente el pelele. Con cuatro semanas de edad, se le veía tan pequeño que me pregunté por qué habían programado la ceremonia tan cerca de su nacimiento, hasta que Evie me dijo que la OPCP podía utilizar los eventos públicos como herramienta para comprobar qué tal se las arreglaban los nuevos padres. Había que encontrar un equilibrio, me explicó, entre el aislamiento social y el aislamiento protector, para la salud física del bebé.

Los susurros crecieron a mi alrededor mientras me paseaba entre la multitud.

«Tiene buen aspecto, verdad, considerando por lo que ha pasado...»

«¿A cuántas inducciones se sometieron al final?»

«Oí que casi no lo consigue.»

Solo podía captar retazos de lo que decían y, cuando me volvía, no era capaz de distinguir quién lo había dicho. Una imagen de Evie me centelleó en la mente, pálida y abrumada, casi desaparecida en la cama de hospital donde se encontraba. Sacudí la cabeza y aparté la imagen de mi mente.

Una mujer mayor a la que no reconocí continuó mirando a Jakob mucho después de que hubiera pasado a su lado. No pareció darse cuenta de que sus brazos estaban extendidos hacia él, como si imaginara que lo estuviera acunando. Pero al momento siguiente,

el hombre que estaba al lado de ella empezó a hablar con voz fuerte y atronadora y los brazos de la mujer se desplomaron a los costados.

—Me refiero a que... ¿quién podría haberlo imaginado? —dijo—. Solíamos preocuparnos por las armas nucleares, por la superpoblación, por el cambio climático... pero no por esto. No por la infertilidad. Aún hoy nadie ha sido capaz de explicar qué ha sucedido.

—El otro día escuché algo sobre que lo había causado la contaminación, una teoría sobre los microplásticos —intervino la mujer mayor. Hablaba muy despacio, como si se agotara solo por formar una frase.

—Pero si se tratara de algo así, ¿no habría mejorado ya la situación ahora que la contaminación ha descendido? Llevamos años con una tasa de infertilidad del 99,98 %.

—Es solo algo que escuché —replicó ella con el mismo tono cansado.

Papá se encontraba algo más alejado del grupo, inclinado hacia delante para inspeccionar los parterres de flores, con una mano en el bolsillo y la otra sosteniendo un vaso con torpeza. Llevaba puesto el abrigo, pese a que todo el mundo a su alrededor iba vestido con camisetas y finas faldas de algodón. Sabía que se sentía bastante incómodo cuando la conversación se desviaba hacia la infertilidad, lo que era frecuente. Era capaz de salir corriendo en cualquier momento. Me abrí paso hacia él, pero antes de que pudiera alcanzarlo, me detuvo el suave tintineo de un vaso al ser golpeado por una cuchara.

Seb hizo un gesto hacia alguien al fondo y se situó ante nosotros, con la bebida en alto, preparado. Hizo un gesto hacia alguien que estaba en la parte de atrás. No le costaba mirar por encima de la multitud, pues era mucho más alto que cualquiera de los que estábamos allí. Llevaba el cabello quizá un pelín más largo de lo necesario. Imaginé a Evie tratando de domárselo antes de que comenzara la fiesta.

—Solo unas palabras —empezó a decir. Sonrió inconsciente, mientras alzaba los hombros y extendía los brazos como si al decir eso no pudiera evitarlo—. No me alargaré demasiado, se lo he prometido a Evie.

Intercambiaron una mirada cómplice y los ojos de Evie relampaguearon oscuros con afecto.

—Solo quiero decir que cuando Evie y yo comenzamos la inducción juntos, no teníamos ni idea de cómo iba a terminar.

No pude evitar que mi atención saltara de Seb a Evie, mientras él hablaba. Ella estaba a su lado un tanto rígida y sostenía a Jakob contra ella, pero imaginé que si hubiera tenido libres las manos, habría jugueteado con la tela de su vestido con los dedos. Estaba segura de que no quería que Seb soltara un discurso.

Vi cómo se estremecía levemente mientras él pronunciaba la palabra «inducción» y que luego bajaba los ojos hacia Jakob, como si pudiera perderse en su rostro. Conocíamos el término desde pequeños, nos lo habían enseñado en el colegio; y aún era capaz de escuchar esa voz sin rostro de los vídeos que nos mostraban y cada palabra me resonaba en los oídos: «La inducción es la única forma de tomar ese pequeño camino de óvulos y espermia aún viables». La cabeza me daba vueltas con los diagramas de ovarios y embriones y frases como «cosecha intensiva de óvulos», algo que ya entonces sonaba aterrador, mucho antes incluso de que entendiera lo que significaba de verdad todo aquello.

Me acuerdo de Evie y de mí, cuando éramos adolescentes, intentando darle sentido a toda esa información de esa manera tan poco sistemática de quien pretende comprender algo que le resulta demasiado grande, demasiado extraño de asimilar. Lo único que conseguí captar con mucho esfuerzo fue que se trataba de nuestros propios cuerpos, que esos diagramas de aspecto lejano eran, de hecho, parte de nosotros.

A medida que crecimos, Evie comenzó a hablar de la inducción cada vez con más autoridad, pero cuando empezó a someterse a ella, esos conocimientos le hastiaron. «Es solo un juego de números», me decía demasiado cansada cuando llegaba al final de otro ciclo fallido más y estaba a punto de comenzar el siguiente. No quería hablar de cómo la combinación de fármacos utilizados para estimular los ovarios a menudo provocaba una sobrerreacción de estos, con coágulos y hemorragias sanguíneas, daños permanentes en el órgano o infartos. No recordaba ese detalle del colegio. Cuando Evie comenzó la inducción, tuve que buscarlo por mi cuenta; leía las instrucciones de sus fármacos cuando ella no estaba delante. Ver los hechos expuestos en esa inocua y minúscula tipografía me dejó totalmente paralizada. Me negaba a creer que aquello pudiera ser cierto. Traté de enterrarlo en lo más hondo de mí, pero ese sentimiento de malestar, de

incomodidad, no me abandonó desde entonces. Me obligué a volver a escuchar a Seb como si así pudiera disipar la sombra de mi mente.

—Pero yo siempre, siempre (y esto ni siquiera se lo dije a Evie) tuve una imagen mental de nosotros juntos compartiendo a nuestro hijo con la gente que más nos importaba. Por muy duras que hayan sido las cosas, esa imagen siempre me hizo continuar. Y ahora, estar en este lugar, presentándoos a Jakob, nuestro precioso hijo, aquí mismo, es un sueño hecho...

De pronto la voz de Seb se perdió, cortada.

Al principio parecía que estaba riendo. Hubo algunas risitas nerviosas mientras contemplábamos cómo los hombros se le comenzaban a estremecer y el rostro a arrugarse. Pero entonces no conseguí, o no pudo, detener el silencioso temblor. Vimos su cuerpo desplo-marse, como si las cuerdas que le hubiesen estado sosteniendo erguido y en movimiento hubieran sido cortadas de un cruel tijeretazo. Evie corrió hacia él, con el rostro contraído por la preocupación, y cuando llegó a su lado, oímos el inconfundible sonido de un sollozo. Parecía imposible que el sonido procediera del mismo hombre que había comenzado el brindis unos momentos antes.

Como un eco, se oyó un gemido colectivo, un lamento coral, en el jardín. Sonaba casi a decepción. No era así como debía terminar esto, parecía decir. Algunas personas se precipitaron hacia él después de Evie, mientras el resto nos echábamos hacia atrás, incómodos, tratando de no mirar, pero incapaces de impedir que nuestros ojos buscaran el rostro surcado de lágrimas de Seb.

—Estoy bien, estoy bien. —Sus palabras casi se perdieron entre los ruidosos y bienintencionados ánimos de los que le rodeaban.

Alguien, no puedo recordar quién, alzó su vaso y gritó:

—¡Por Evie y Seb, y el pequeño Jakob!

Pero la gente a su alrededor le obligó a callar.

—¡Ahora no! —oí susurrar con rabia.

Después de aquello todos se pusieron a charlar con voces sofocadas, como si cualquier cosa por encima de un susurro hubiera sido considerada inapropiada.

Fui de grupo en grupo, rellenando vasos y ofreciendo cuencos con patatas que todo el mundo rechazaba. El hecho de que Seb estuviera tan contento por ser padre que no pudiera controlar sus emociones era el tema de conversación de la fiesta. Con un niño

recién nacido ambos estaban faltos de sueño y ¿quién puede mantener a raya las emociones cuando no ha podido dormir más de dos horas seguidas?

—Ya falta poco para que la comida esté lista —explicó Evie con voz cantarina cuando el primer grupo de invitados apareció ante ella para despedirse.

La única persona a la que había dejado marchar sin decirle nada era a papá, que se retiró en cuanto Seb terminó de hablar. Las lágrimas siempre habían tenido ese efecto en él.

Evie estaba plantada delante de la barbacoa; en la mano sostenía un largo cuchillo de cocina que utilizaba para cortar los paquetes de plástico de las rosadas y crudas salchichas. Su aspecto era demasiado imponente, demasiado letal, para esa función. Le había pasado a Jakob a una vieja amiga suya del trabajo, una mujer con aspecto de matrona llamada Deborah, que se había sentado en una tumbona a su lado. Jakob dormía sin moverse contra el pecho de Deborah, aunque los ojos de Evie no dejaban de volver hacia él. Quise acercarme para quitarle el cuchillo, pero antes de poder hacerlo, un hombre al que no conocía, con cabello oscuro muy corto, le puso una mano sobre la suya y lo tomó con suavidad.

Evie renunció a la tarea agradecida. Se apartó y echó un vistazo al abarrotado jardín, en busca de algo o alguien que no pudo encontrar.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté—. ¿Puedo hacer algo?

Evie vio que se trataba de mí y dejó que la sonrisa le temblara y vacilara.

—No te preocupes, estoy bien. Probablemente no sea nada...

—Cuéntamelo —dije tranquila, con la franqueza de una hermana.

—Se trata de Jakob. Ha recibido una advertencia de la OPCP. No una PCI, solo una advertencia. Pero nos ha alterado un poco. Especialmente a Seb.

—¿Cuándo? ¿Qué ha pasado?

La OPCP llevaba en funcionamiento desde que las inducciones empezaron a implementarse. Los funcionarios de la OPCP, sus agentes, monitorizaban a los padres para asegurarse de que las necesidades de cada recién nacido cumplieran rigurosamente las pautas más elevadas. Las historias de negligencia y abuso de otros tiempos

habían quedado atrás; los agentes tenían ahora un poder y un ámbito de actuación mucho mayor que los Servicios Sociales que los habían precedido. Ahora los padres de todo el mundo vivían con miedo a que los agentes pudieran notificarles una PCI y, en última instancia, extraerles al niño de su cuidado.

—No ha sido nada. Nos disponíamos a meterlo en el coche después de haber ido a comprar comida para hoy. Seb estaba colocando su sillita y yo sostenía a Jakey. Entonces Seb dijo que ya estaba todo listo y yo le pasé al niño y, quizá fuera por la postura en que Seb se encontraba, de pie, con medio cuerpo en el coche, por lo que no lo agarró como debía... Y entonces sucedió.

—¿Se le cayó?

—¡No! ¡Qué va! Pero no estaba sosteniéndole el cuello como es debido. Eso es lo que dijo nos dijo la agente.

—Pero eso no es nada —coincidí—. ¿Te pareció que lo hacía bien?

—Bueno... —Evie titubeó—. Supongo. Hasta que la agente llegó a la carrera y lo señaló. Quiero decir, supongo que podía haberle sostenido mejor el cuello.

—Quítatelo de la cabeza —insistí—. Ha sido solo un lapsus.

—Eso espero —replicó Evie—. Seb se echa la culpa, pero como le dije, yo tampoco me había dado cuenta. También es culpa mía. La propia agente me lo dijo. Que yo había sido... ¿cómo fue la palabra que empleó?, «cómplice».

—¿Qué aspecto tenía esa agente?

—Se parecía a alguien con quien te cruzas por la calle, como cualquiera. Pelo corto, sin maquillar. Un poco... un poco desaliñada. Me imaginaba que todos vestirían trajes y gafas oscuras, para que pudieras distinguir cuando tenías a alguno cerca, pero cualquiera podría cruzarse con ella. Era de lo más normal, muy vulgar.

—Imagina tener que dedicarse a ese trabajo —me estremecí—. ¿Por qué alguien querría hacerlo?

—Esa es la cuestión. Parecía muy orgullosa de ello. Me di cuenta de que creía estar siendo de ayuda cuando señaló la manera en que Seb sostenía al niño. Parecía muy complacida consigo misma por advertirlo. Como si nos estuviera haciendo un favor.

—Supongo que si solo era una advertencia, no tendrá mayores consecuencias y, en cierta manera, quizá os haya hecho un favor. Ahora ya sabéis que tenéis que ser súper vigilantes.

—Sí—asintió Evie y sonrió con tristeza—. Va a ser más duro de lo que pensaba.

—Estaréis bien —la tranquilicé.

—Puede —dijo—, o puede que no.

Apartó con brusquedad una lágrima que había empezado a resbalarle por una mejilla.

—No pienses así. Recuerda las inducciones, todo lo que has aprendido, todo por lo que has pasado. Eres una madre maravillosa. Y Seb es muy bueno con él. Jakey es un bebé con suerte.

Evie tragó con fuerza. La cara se le sonrojó al reprimir las ganas de llorar. A lo largo del cuello podía apreciársele el principio de una erupción que se extendía por la clavícula.

—Déjalo, ¿vale? —replicó con suavidad.

—¿Por qué no vas a buscar a Seb? Yo ayudaré con la comida.

Hice un gesto hacia el hombre de pelo moreno que le había quitado el cuchillo. Había sacado todas las salchichas de sus paquetes y formado una tosca pirámide con ellas en un plato, y ahora estaba partiendo una pastilla blanca de encendido sobre el carbón.

—Vamos a dar de comer a esta gente —añadí—. Y, por cierto, ¿quién es el chico de la barbacoa?

—Trabaja con Seb —respondió Evie—. Se llama Thomas.

Pareció que iba a añadir algo más, pero luego lo pensó mejor y en su lugar solo se oyó un sonido; como un escape de aire, un suspiro, un espacio.